

# LOS RUIZ

Había una vez en la calle Velasco, un niño llamado Tomás, de 12 años de edad, que iba al colegio, estudiaba y salía por ahí con sus amigos. Una tarde se dispuso a estudiar, ya que al día siguiente tenía examen.

Estaba echando codos cuando se le cayó la goma de borrar. Intento cogerla con el pie, pero no pudo, es más la echó hacia la pared. Entonces se agachó de nuevo a cogerla y de repente vio un agujero en la pared. No sabía lo que era, así que fue al cuarto de su hermana Jimena a cogerle la linterna. Regresó a su cuarto y se agachó para mirar el agujero y descubrió una casita. Nunca la había visto, pero sí en efecto, ahí estaba, tan chiquitita, de madera, en aquel agujero de su habitación. Alumbro con la linterna para ver si se veía algo y aunque no se veía nada se oía mucho barullo, como si hubiese mucha gente. Después de un rato, como no veía a nadie decidió ponerse a estudiar e irse a dormir.

Esperó seis días y seis noches a ver si salía alguien de aquel lugar, pero nada. A la séptima noche, al tocar las doce, metido entre las mantas y con la linterna en su mano oyó: -Venga Curro, corre Pepe, deja ya el maquillaje Marga.

Eran como susurros, así que Tomás alumbró con la linterna y vio una especie de bichitos, pero que se movían como personas diminutas. Era imposible, Tomás no lo creía. Al minuto se volvió a oír:

-Tarufo, Rosa, Lili, venga daros prisa que no hay nadie.

- ¡¡Pericol!! coge ya a Damián.

Parecía voz de mujer. Tomás se acercó más y vio a 1, 2,3,4, 5 ... ¡¡12 niños!! , pero no, ¡¡eran 14!! , porque también estaban dos que parecían ser el padre y la madre (y eso que a Tomás le parecían muchos sus seis hermanos).

¿Por qué salían todos? ¿adónde irían? Poco a poco fueron abandonando todos el agujero y se dirigieron a la cocina. Tomás les siguió a escondidas a la luz de la linterna. Ya en la cocina, el padre trepó por la nevera para intentar abrirla, como no podía llamó a su hijo Paco para que le ayudase y mediante la fuerza de los dos lo lograron al fin. Al abrirla trepó la familia entera por la puerta de la nevera hasta la primera baldosa. Había un cuenco con pescado que sobró de la noche anterior, se sentaron alrededor, sacaron sus cáscaras de pipas que usaban como cucharas y empezaron a comer. Cuando se sintieron llenos se pasaron al jarrón de la fruta, que estaba en la bandeja de abajo deslizándose por las pajitas de la coca-cola. Se tomaron entre todos tres uvas.

-Cojo el agua y nos largamos -dijo la que parecía ser la madre, y subiéndose a la cuchara que dejó Tomás ayer en el cuenco del *pescado*, la usaron como catapulta: La madre se subía en un extremo de la cuchara mientras que los demás saltaban en el otro extremo, hasta que con el impulso consiguió saltar a la jarra de agua con la goma de borrar que le había quitado a Tomás hacía unos días. Flotaba con la goma sobre el agua mientras cogía con los cubitos de los "Kinder" sorpresa agua para lo que quedaba de la semana. Pero con todo ese barullo, y entre todos derramaron la jarra y Tomás descubrió el misterio de porque el agua estaba derramada muchas mañanas en la nevera. Bajaron todos, cerraron la puerta y se fueron al salón. La familia encontró el mando de la tele, y empezaron a saltar sobre los botones hasta que encontraron "Disney Channel" para verlo un ratito, y Tomás descubrió también el misterio de porqué estaba la tele encendida cada mañana. Regresaron al cuarto donde se encontraba el agujero, y la madre dejó en la mesa de Tomás la goma que le había cogido, y Tomás volvió a descubrir como se volvía muchas veces loco cuando le desaparecían y reaparecían las gomas de borrar. Tras descubrir estos pequeños misterios que le sucedían a Tomás en su vida, los pequeños Ruiz vivieron felices con su pequeño tamaño, tal así como lo hizo Tomás con sus inquilinos.

**Alvaro Riesgo Yanes. 10 años.  
Madrid**